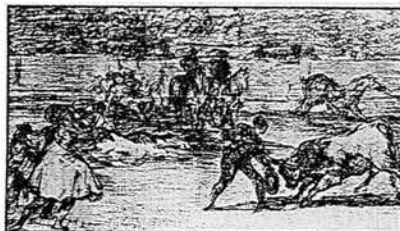




Sobradamente conocida es la profunda atracción que Goya sentía por la fiesta de los toros, lo que reflejó de forma muy amplia en su incomparable producción pictórica, en sus grabados y litografías. Retratos de figuras del toreo de su tiempo, como Pedro Romero y Costillares, escenas taurinas de la más variada condición, los grabados de «La Tauromaquia» y las litografías de «Los toros de Burdeos» dan fe de su intensa afición, que mantuvo a lo largo de toda su vida.



Ricardo Vázquez-Prada

Es bien sabido que Goya era un gran aficionado a la fiesta de los toros, a la que dedicó una considerable parte de su obra. En las numerosas cartas que el pintor dirigió a su amigo de infancia a Zapater, hay frecuentes menciones al espectáculo taurino e incluso alguna de ellas fue firmada de esta guisa: «Don Francisco, el de los toros». Y la leyenda señala, probablemente con exageración, que en sus años mozos Goya formó parte de una cuadrilla de toreros, lo que ha sido aireado sobre todo por algunos biógrafos franceses del artista. Sea como fuere, de lo que no cabe duda alguna es de la afición desbordante de Goya por el racial espectáculo. Sin duda tuvo cumplida ocasión de contemplar muchos festejos en la plaza de Zaragoza y, por supuesto, en la de Madrid, en la que era espectador asiduo, circunstancia que también queda reflejada en las cartas a Zapater, el amigo de infancia que tras la salida de Goya a Madrid siguió residiendo en Zaragoza y al que hacía partícipe de sus confidencias.

En la obra goyesca la temática taurina se concreta esencialmente en los retratos de los toreros más famosos de la época, en algunos de los cartones para tapices, en los magníficos grabados de la serie «La Tauromaquia», y también en las formidables litografías tituladas «Los toros de Burdeos», a lo que hay que añadir otras muchas producciones de tema taurino. La fiesta de toros fue, por tanto, motivo de constante inspiración para el genial artista, pero además le sirvió para reflejar una parte del alma de España, del espíritu español, a través de una de las diversiones preferidas por una gran parte de nuestro pueblo, guste o no este hecho a quienes se interesan por la historia de nuestro país. Goya fue además de un gigantesco artista y un pintor extraordinario e irreplicable, un «cronista» gráfico de su tiempo y en ese sentido lo taurino no quedó excluido de su imagnable curiosidad, de su infatigable interés por cuanto le rodeaba. En esta parte de su maravillosa obra es fácil descubrir una pasión desmesurada, unida a un claro deseo de reflejar la evolución del arte del toreo, una intención, por tanto, de recuperación histórica en la que no es ajena, como en la magnífica serie de «Los toros de Burdeos», la expresión de un sentimiento de nostalgia por sus años juveniles.

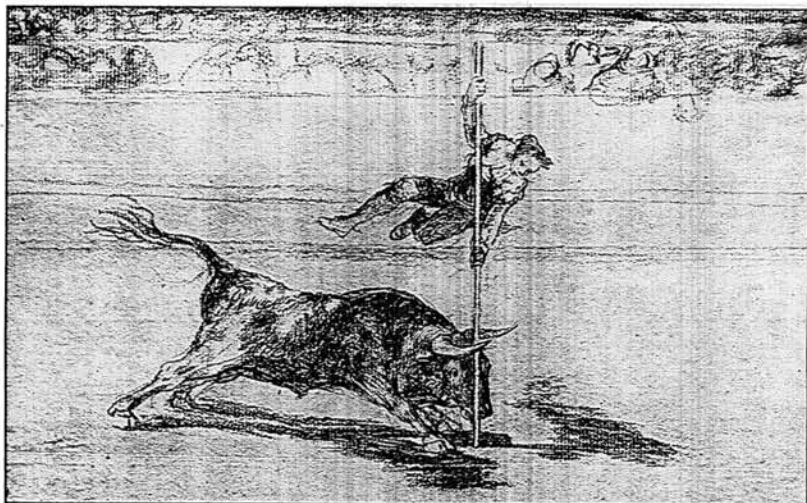
**Los grandes toreros de su tiempo**

Se asegura que la afición taurina de Goya le llevó a frecuentar a los grandes toreros de su tiempo, y que con algunos de ellos llegó a trabar amistad. A ellos dedicó retratos, realizados con su formidable maestría, aunque con respecto a algunas de estas obras se duda acerca de su autoría. Sea como fuere, las grandes figuras de aquellos años, es decir, Pedro Romero, su hermano José Romero, Costilla-

**La fiesta de los toros, afición y pasión artística**

**Goya fue amigo de grandes toreros de su época y un gran aficionado a la fiesta taurina**

**En los grabados de «La Tauromaquia» reflejó la trágica muerte de «Pepe-Hillo»**



Dibujos preparatorios de grabados de «La Tauromaquia», de Francisco de Goya

**Grabados y litografías**

A los cartones para tapices y a las pinturas u oleos hay que añadir dos series decisivas, los grabados de «La Tauromaquia» y las litografías de «Los toros de Burdeos». «La Tauromaquia» fue elaborada, según aseguran los especialistas, entre los años 1814 y 1816. Goya se acercaba ya a los setenta años, pero conservaba un vigor artístico formidable. Esta serie, que en parte está inspirada en la «Carta histórica sobre el origen y progreso de las fiestas de toros en España», de Nicolás Fernández de Moratín, tiene al

mismo tiempo el propósito de reflejar la historia y la evolución del arte del toreo, y el deseo de evocar escenas que sin duda alguna presencié el artista a lo largo de su vida, y sobre todo en sus años jóvenes. Como es bien sabido, Goya fue uno de los grabadores más geniales y completos de toda la historia del arte y «La Tauromaquia» es en este sentido una prueba definitiva e irrefutable. La serie, tal como fue publicada en 1816, constaba de 33 láminas, a las que se añadieron luego otras 11. En principio el artista siguió el texto de Moratín, que era el

padre de su amigo Leandro), pero luego se desliga de él para dar paso a sus propios recuerdos. Se sigue así la evolución del arte del toreo, desde la caza en campo abierto a caballo, hasta la descripción de distintas fases de la lidia en la plaza, las banderillas al quiebro de Martíncho y las «ocuras» de éste en la plaza de Zaragoza, los quiebros del estudiante de Falces, la destreza de Pedro Romero, la muerte, ya comentada, de Pepe-Hillo en la plaza de Madrid y otras muchas estampas de la fiesta. El conjunto es magnífico,

incomparable. En el año 1825 Goya, entonces exiliado en Francia, realiza las formidables litografías denominadas «Los toros de Burdeos», en las que recupera algunos asuntos de «La Tauromaquia», como las hazas de Mariano Ceballos, o la muerte de Pepe-Hillo, pero dándole otro tratamiento. El público que asiste al espectáculo semeja un coro griego que confiere al drama una dimensión singular, casi épica. Goya, en la cima de su vida y de su carrera, muestra una vez más su inmensa genialidad.

quien dio muerte al célebre toro «Barbudo», que acabó con la vida de Pepe-Hillo.

**El trágico destino de José Delgado**

José Delgado Guerra «Pepe-Hillo» nació en Sevilla en 1754, el mismo año en que vio la luz Pedro Romero, con el que andando el tiempo entablaria intensa competencia en los ruedos. Alcanzó también Pepe-Hillo una fama extraordinaria y su popularidad fue enorme. Al contrario de Pedro Romero, sufrió muchas cogidas, nada menos que 25 graves a lo largo de su carrera, hasta que el 11 de mayo de 1801 sobrevino la tragedia irreparable en la plaza de Madrid, en una corrida en la que compartía cartel con José Romero y Antonio de los Santos. Como era entonces frecuente, el contrato incluía la lidia y muerte de 16 toros, en sesiones de mañana y tarde. Uno de los astados, «Barbudo», que había sido manso en varas, peligroso y avisado, cogió al torero cuando éste intentó entrar a matar, le derribó, y cuando el diestro se hallaba inconsciente sobre la arena le prendió de nuevo por el vientre y le inflirió una escalofriante y mortal cornada, que le causó enormes destrozos. El suceso fue impresionante y quedó fijado para siempre en los anales trágicos del toreo.

El otro gran torero de los tiempos de Goya fue el sevillano Joaquín Rodríguez «Costillares», que gozó de excepcional cartel, y practicaba un toreo alegre y vistoso, en contraste con el más rígido y concentrado de la escuela rondeña de los Romero. Fue también protagonista en la dura competencia con Pedro Romero, y mientras éste fue el preferido del pueblo, Costillares fue el torero favorito de los aristócratas, de los nobles. El retrato que Goya le dedicó muestra a un diestro muy joven, con cierta expresión de púilo y de menudo cuerpo, al que cuesta imaginar como uno de los toreros más importantes de la historia. La competencia Romero-Costillares alcanzó extremos de singular apasionamiento y marcó aquellos años del espectáculo taurino. A Costillares se le considera el inventor del «volapié», suerte que se sigue empleando hoy de modo habitual para matar a toro parado.

**Pinturas de tema taurino**

En la gigantesca obra goyesca las pinturas que reflejan este espectáculo son incontables. Siguiendo una preferencia personal evocaré el cartón para tapiz titulado «La novillada», magnífico y luminoso, «La corrida de pueblos» y la titulada «Plaza partida», por no citar más que unos pocos pero incomparables ejemplos. Son obras maestras y también, insistiré en ello, reflejo gráfico de la España de aquel tiempo, captado con toda su crudeza, realismo y veracidad, lo que también se refleja en la serie de oleos sobre hojalata realizada en 1793 en la que evoca distintas escenas de la fiesta taurina.

res y el infortunado José Delgado «Pepe-Hillo» fueron objeto de la atención del artista, bien en sus pinturas o en sus grabados de «La Tauromaquia».

Pedro Romero nació en Ronda en 1754, es decir, ocho años después de que Goya viera la luz en Fuendetodos. Ha pasado a la historia del toreo como uno de los diestros más seguros, un atleta de facultades excepcionales que se mantuvo largos años en una

posición de privilegio, ejemplo exímico de la «escuela rondeña». Se asegura que mató a lo largo de su carrera más de seis mil toros y que, cosa realmente asombrosa, no sufrió ningún percance grave ya que poseía una habilidad, una elasticidad de movimientos y una ícónica sencillamente asombrosas. Era el torero preferido del pueblo y su fama era extraordinaria. Goya siguió, sin duda su formidable carrera con el mayor interés y reflejó el semblante del torero rondeño en un retrato prodigioso, en el que fija con enorme maestría no sólo los aspectos externos de su porte sino sobre todo la serenidad de su carácter, tantas veces puesta a prueba en los más importantes ruedos del país.

José Romero también fue objeto de otro retrato de Goya, en el que el hermano de Pedro sale peor parado, pues su rostro re-